

DOI: <https://doi.org/10.22201/ffyl.01860526p.2004.12.749>

LUCOTTI, Claudia, coord., *¿Dónde es aquí? 25 cuentos canadienses*. México, FCE, 2002.

Es siempre emocionante enfrentarse a un libro nuevo, y en este caso lo es aún más, pues *¿Dónde es aquí?* nos ofrece una selección de veinticinco cuentos de autores canadienses, presentados por lo que quienes diseñaron la antología consideran más representativo de su obra en cuanto a la búsqueda o definición de un espacio propio.

El espacio de esta reseña es también el idóneo para hablar de quienes hicieron posible este libro: los integrantes del Seminario Permanente de Traducción Literaria, conformado casi en su totalidad por profesores del Colegio de Letras Modernas, todos ellos traductores de oficio y de formación. He de hacer hincapié en que estos traductores cuidan y dignifican la labor de la traducción literaria. Además de poner especial atención en la selección de textos que traducirán durante cada proyecto, éstos son revisados por dos traductores, y más tarde ampliamente comentados en el pleno del Seminario. Es ciertamente una labor larga y ardua, pero que a

la vez garantiza que la versión final del texto traducido será la mejor posible. Y esto es evidente en los cuentos de *¿Dónde es aquí?*

Este libro es también importante porque reúne la obra más característica de veinticinco autores de diversa extracción e inclinación narrativa, muchos de ellos traducidos por primera vez al español. De igual manera, hay que resaltar lo significativo, y quizá incluso simbólico, de algunos cuentos de la antología, en particular de “Los colimbos”, de Margaret Lawrence. Este relato es especialmente significativo pues los colimbos, unos pájaros que nadie ve y a quienes sólo algunos se atreven a oír, se van, se extinguen o simplemente desaparecen, como la niña mestiza Piquette. Supongo que este cuento sigue siendo representativo de la situación de los indios en Canadá. A pesar de que estén ahí, de que se les respete y atienda, es difícil comprenderlos.

“Los colimbos” me hace recordar una anécdota relatada por un profesor canadiense en el diplomado *Canadá: una visión global*, que sirve para ilustrar cómo las conductas aparentemente ficcionales en efecto reflejan una parte de la realidad nacional de un Canadá compartido por razas diversas. Es la historia de un canadiense blanco unido a una india; al casarse, ambos fueron a vivir a la reservación a la que ella pertenecía. Él comete un delito, y la comunidad indígena, que se autogobernaba, lo envía a pasar un tiempo en aislamiento en una diminuta isla para que medite sobre su conducta. Por supuesto, él tenía que procurarse el alimento y el agua con sus propias manos. Era la forma de la sociedad indígena de castigar un desacato a sus leyes. De regreso, el hombre se queja ante las autoridades canadienses y entabla una demanda contra su mujer y contra los jefes de la reservación. Estaba indignado por haber sido sometido a las leyes de un pueblo al que no pertenecía, aunque estaba casado con una de sus mujeres y vivía allí. Desde luego, es más cómodo el sistema carcelario occidental en el que el recluso es alimentado y atendido y no hay espacio dedicado explícitamente a la introspección. Digamos solamente que el hombre cometió un delito en la geografía equivocada.

En “Los colimbos”, el médico, que es el padre de la narradora, trata de proteger e integrar a Piquette Tonnerre a la vida de los blancos. Sus intenciones son buenas y desea ayudar a la joven a superar sus problemas de salud y familiares. La narradora cuenta que en diversas ocasiones intenta entablar contacto con Piquette, pero ésta es hosca y no está interesada en compartir nada, ni siquiera el lamento de los colimbos, cuyas voces “lastimeras y, sin embargo, con un dejo de burla fría..., pertenecían a un universo a miles de años luz de[1] prolijo mundo de cabañas de verano y lámparas encendidas en los hogares” (72). Así, a pesar de los

buenos propósitos de su padre, quizá siembra en Piquette la semilla del deseo de pertenecer a un aquí que no es el suyo, lo que más tarde se traducirá en su maquillaje torpe, su matrimonio con un inglés de nombre rimbombante, sus dos hijos, su deshonroso regreso a su pueblo y su muerte en un incendio.

Es difícil hacer un juicio, tanto en el caso real como en el de la ficción. ¿Quién tiene la razón? ¿El médico que ayuda y su hija que intenta acercarse a la mestiza varias veces, o la mestiza que rechaza ese acercamiento pero al mismo tiempo quiere satisfacer las expectativas del mundo blanco casándose con un inglés? ¿O son ambas culturas, la canadiense blanca y la de los indígenas y mestizos, las que gritan con igual sufrimiento que los colimbo al tener que compartir un espacio que les corresponde a ambos por derechos distintos, reconociendo tal vez que ninguno pertenece allí, que ese lugar no es su aquí o es un aquí que no se puede compartir?

Como el espacio donde habita la mujer de “Día de matanza en el muelle de gobierno”, de Audrey Thomas. Ella vive feliz frente al muelle donde se pesca, destaza y empaca el bacalao; hace pan, cuida a su hijo, está embarazada, es feliz con su marido... Pero un día entra en contacto con un pescador indígena que le provoca una atracción casi animal. En este cuento, el aquí exterior es tan importante como el interior. Un paisaje de restos de la matanza de pescados, de sangre, de vísceras que casi cobran vida y gaviotas que revolotean enloquecidas se tiñe de una pasión que en cierta manera hermana al blanco con el indio, pero que también lo aleja. Ella es la señora que tiene el teléfono y que se pregunta cómo serían sus hijos con ese indio. Y el indio le regala, en agradecimiento a su amabilidad de dejarlo hacer una llamada, un trozo de bacalao que ella decide no cocinar esa noche, quizá por no compartirlo con nadie más.

Aunque en apariencia estos dos cuentos interpretan de manera distinta las relaciones entre blancos e indígenas, en realidad hablan de lo mismo, de una brecha que es difícil cruzar, y en la que quienes comparten el espacio exterior no parecen compartir el espacio interior. Y no por falta del deseo de hacerlo, sino porque hay una barrera entre ellos que no es geográfica y que no es fácil trasponer.

Los cuentos de la antología *¿Dónde es aquí?* son intranquilizadores. Son cuentos que, en esa búsqueda no sólo de la identidad sino del lugar al que se pertenece, nos dejan con un sabor poco dulce en la boca. Al leerlos, cobran aún más sentido las palabras de Carlos Fuentes citadas por Claudia Lucotti en su prólogo: “entrar en contacto con los rasgos centrales de otra cultura es siempre un proceso enriquecedor que permite hacer

nuestro, en nuestros propios términos, el valor del otro que vive en nosotros” (16). Son relatos que nos obligan a reflejarnos en el espejo de los personajes, de los escritores y del Canadá mismo; nos hacen buscar, nos hacen preguntarnos, nosotros también inmersos en una realidad mestiza, ¿dónde es nuestro aquí? ¿O será que la búsqueda del lugar propio, más allá de ser particular de una región o de un país, es una interrogante inherente al ser humano que los escritores, con la agudeza de percepción que los caracteriza, retratan con diversos tonos y matices en su escritura? Si es así, y a mí me parece que lo es, esta antología, como reflejo, búsqueda e intento de respuesta a las preguntas que nos perturban en lo más profundo, y que nos atañen a todos los seres humanos, ha cumplido con creces su función.

Noemí NOVELL